

V. Blasco Ibáñez
La mujer valenciana
(*El Pueblo*, 2-8-1900; *Diario de la Marina*, 23-10-1900)

Terminaron las fiestas. Pliéganse las banderas; quedan desmontados los arcos; las guirnaldas de flores son barridas como basura, junto con los ondulantes papeles de color; desaparecen las teatrales decoraciones, y así como la silenciosa Cuaresma sucede al Carnaval, la desbandada y el aislamiento del estío viene a continuación de la década regocijada de ruidos, fiestas y embriaguez de colores.

Hermosa ha resultado la feria; pero ni los adornos de las calles, ni la decoración de la Alameda, semejante a una comedia de magia, ni los sonoros festejos en los que el pueblo, con su ruidosa jovialidad, juega el principal papel como el coro en la antigua tragedia griega y en las más famosas óperas de Wagner, han sido el principal encanto de esta corta temporada.

El protagonista de este himno a la alegría, entonado por todo un pueblo, ha sido como siempre la mujer; la mujer valenciana, esa criatura, mezcla de odalisca y gran señora, de suave camelia y arrogante clavel, que todo lo embalsama con su perfumado contacto, así surja de la porcelana del salón como de los inagotables surcos del campo popular.

Anteayer en la batalla de Flores aplaudía con entusiasmo la gran masa de los carros artísticos: de ser tripulados por hombres, hubieran llamado la atención. Brillaban los ojos de brasa, o glaucos como el mar, bajo las cabelleras semiarrolladas y ondulantes como banderas del amor, y la inmensa muchedumbre, sintiendo el eléctrico latigazo de la emoción artística, rugía de entusiasmos ante las flores carnales, tibias, palpitantes, impregnadas de un sudor de vida y de pasión, mil veces más hermosas que las flores de los jardines, mutiladas, pálidas y prisioneras en la trama de los carros.

Pasaban como infinito harén de la pasión ideal las morenas, con la piel pálida de color de arroz, los labios de rojo oscuro y los ojos ovalados por el cerco azul del apasionamiento, lanzando sonrisas que al resbalar por las aterciopeladas mejillas marcaban su paso con graciosos hoyuelos; las rubias coronadas por su luminosa cabellera, semejante a un casco de oro, reflejando en sus ojos, como en espejos de esmeraldas, las magnificencias de color de la fiesta; esculturales, altivas y fuertes, como la arrogante valquiria soñada por Wagner, y un soplo de deseo y admiración circulaba por las apretadas filas del pueblo, que venera instintivamente las obras supremas de la naturaleza.

Anoche rindió homenaje Valencia con un banquete a un célebre pintor y un célebre escultor. Muy bien. El arte es lo único que alegra la vida, y la sociedad defiende su existencia halagando y aplaudiendo a los grandes artistas que la ayudan a subsistir, a no entregarse al suicidio por aburrimiento.

Con justicia aclama a Benlliure y Sorolla; pero con ser tan ilustres estos dos amigos, a los que quiero como dos hermanos, ¿qué son y qué representan al lado de la mujer, fuente de inspiración, modelo de sus obras, excitación del artista, que le impulsa a copiar la belleza con la relativa fidelidad que le es posible?

Si viviéramos en una sociedad menos gazmoña y enemiga de lo verdadero y de lo bello; si no llevásemos a costas diecinueve siglos de cristianismo con sus cilicios, sus ayunos, su horror a la carne y su odio al desnudo, suprema manifestación de la espléndida y santa naturaleza; si existieran aún los tiempos de aquella Atenas artista donde la mujer no temía mostrar las más recónditas bellezas de su cuerpo, exponiéndolas a la adoración pública como hoy se exhibe la cara; si la religión de lo bello fuese popular y no el tesoro de unos cuantos que vivimos separados de los demás por el foso de la vulgaridad, sería oportuno pedir que en vez de concederos tales honores a vosotros, Joaquín y Mariano, se concedieran a la mujer, depositaria de la suprema hermosura, a la que solo arrancáis con vuestro talento alguno algunos luminosos jirones.

Grande es el talento de Sorolla; pero a ver cómo puedes, querido Joaquín, fijar en el lienzo todo el infinito de esos ojos que encontramos tras cada esquina, con el ardor del fuego unas veces, y otras, verdes y misteriosos como lagos de las montañas sembrados de polvo de oro, de chisporroteos de sol.

Famoso es Benlliure; pero por más que te esfuerces, querido Mariano, nunca robarás a la vida la gracia indescriptible de sus curvas, la palpitación adorable de las femeniles carnes.

Entre tus legítimos antecesores figuran aquellos que se llamaban Fidias y Praxíteles, y aunque la humanidad se arrodille con admiración ante sus amarillentos mármoles, jamás darán estos la impresión completa de la redondez carnal, tibia y satinada que cede dulcemente bajo los dedos acariciadores, y apenas estos se retiran recobra instantáneamente su armoniosa protuberancia al impulso de los resortes de la vida y la salud.

Descubrámonos los artistas ante la mujer, la suprema representación de la belleza. ¿Qué es el arte sin ella?

En sus ojos están el calor y la luz, que jamás se dejará aprisionar en cuadro alguno.

Sus líneas armoniosas y sus suaves curvas son la eterna desesperación de la escultura.

En su boca es la palabra celestial armonía y el suspiro música alada que ningún maestro logró arrancar entre los barrotes del pentagrama.

En la armonía de su paso, en el balanceo de su talle, en el indefinible ambiente que parece emanar de su piel, hay un ritmo extraño que nunca pudo aprisionar un poeta.

¡La mujer! La eterna desesperación de los artistas de la pluma que intentamos trasladarla a las páginas de un libro. Sus palabras, copiadas fielmente, resultan frías y estúpidas frases de novelista.

Y, sin embargo, una boca pálida murmurando vulgarmente «¡te quiero... vida mía!», despierta en el alma una emoción indescriptible que sacude de cabeza a pies; suena con una melodía amorosa que hace palidecer los *lieder* de Schubert y las estrofas de Musset.